

equivalía a romper mi carrera y que era una labor absolutamente inútil; pero yo procedía como había procedido siempre: siguiendo mis impulsos íntimos, sin ningún sentido práctico.

Raimundo nos enviaba desde Kopanos noticias cada vez más alarmantes. El pozo artesiano se hacía más y más costoso. La posibilidad de encontrar agua se hacía cada semana más difícil. Los gastos del palacio de Agamenón crecieron en proporciones tan terroríficas, que se vió obligado a desistir. Kopanos se convirtió entonces en una hermosa ruina, en una fortaleza a merced de todas las facciones de revolucionarios griegos. Allí continúa, como una esperanza quizá para lo futuro.

Decidí consagrar todos mis recursos a la fundación de una escuela para la juventud del mundo, y escogí Alemania como el centro de la filosofía y de la cultura: así lo creía yo entonces.

Nubes de niños contestaron al anuncio. Recuerdo que un día, al regresar por la tarde del teatro, encontré la calle bloqueada por padres y vástagos. El cochero alemán se volvió a mí y me dijo:

—*Eine verrückte Dame die wohn dort, die eine Ankündigung in die Zeitung gestellt hat dass sie Kinder sehr gern haben will.* (Es una señora loca que vive ahí y que ha puesto un anuncio en los periódicos diciendo que le gustaría recibir niños.)

La *verrückte Dame*, la señora loca, era yo. No sé exactamente cómo se hizo la elección de aquellos niños. Era tal mi afán de llenar Grünwald y sus cuarenta camitas, que los admití sin elección, porque tenían simplemente una sonrisa graciosa o unos ojos bonitos, sin saber si eran o no capaces de convertirse en futuros bailarines. Un día, en Hamburgo, entró en la habitación de mi hotel un hombre de sombrero de copa y levita que traía en el brazo un bulto envuelto en un chal. Colocó su fardo sobre la mesa, y, al abrirlo, me encontré ante dos tristes ojos que me miraban y que pertenecían a una niña de unos cuatro años: la niña más grave que he visto en mi vida. No lanzó un grito ni dijo una palabra. Aquel caballero tenía, al parecer, mucha prisa. Me preguntó si aceptaba a la chica, y apenas si esperó mi contestación. Al observar su rostro junto al de la niña, descubrí una semejanza muy significativa, que justificaba, en cierto modo, su prisa y su deseo de pasar inadvertido. Yo, con mi ligereza de costumbre, admití a la niña, y el caballero desapareció. No lo volví a ver nunca.

Era una manera misteriosa de dejar a una criatura en mis manos, como si fuera una muñeca. En el tren de Hamburgo a Berlín comprobé que la pequeña sufría una fiebre muy alta—un mal caso de tonsilitis—, y en Grünwald estuvimos tres semanas luchando por su salvación, con la ayuda de dos enfermeras y del gran doctor Hoffa, el famoso cirujano. El cual sentía tal entusiasmo por mi escuela, que me ofreció gratuitamente sus servicios.

El doctor Hoffa me decía a menudo:

—Esto no es una escuela. Es un hospital. Todos estos niños tienen taras

hereditarias, y necesitará usted mucho más cuidado para conservarlos vivos que para enseñarlos a bailar.

El doctor Hoffa era uno de los más grandes bienhechores de la Humanidad, uno de los más famosos cirujanos. Cobraba sumas fabulosas. En aquel tiempo invertía toda su fortuna en un hospital para niños pobres, situado en los alrededores de Berlín. Desde un principio se constituyó en médico y cirujano de nuestra escuela y atendió a todo aquello que se refería a la salud de los niños y a la higiene del establecimiento. En realidad, sin su ayuda incansable nunca hubiera podido llevar a aquellos muchachos al buen puerto de salud y de armonía que finalmente alcanzaron. Era un hombre alto, robusto y bien parecido, de mejillas encarnadas, y poseía una

sonrisa tan amistosa que todos los niños le querían tanto como él a ellos.

La selección de los muchachos, la organización de la escuela, el comienzo de las lecciones y la rutina de sus vidas invertían todo nuestro tiempo. A pesar de las advertencias de mi empresario, quien no cesaba de repetirme que, en Londres y en todas partes, se copiaba con creciente fortuna mi trabajo, no pude ni quise salir de Berlín. Todos los días, de cinco a siete de la tarde, enseñaba a bailar a mis niños.

Les hice progresar mucho, y creo que su excelente salud era debida al régimen vegetariano recomendado por el doctor Hoffa, el cual opinaba que es necesario para la educación de los niños un régimen de vegetales frescos, mucha fruta y ninguna carne.

Isadora Duncan

La vieja de Bolívar

= Del tomo V de las *Tradiciones Peruanas*. Calpe, Madrid =

Con este apodo se conoce hasta hoy (julio de 1898) en la villa de Huaylas, departamento de Ancachs, a una anciana de noventa y dos navidades, y que a juzgar por sus buenas condiciones físicas e intelectuales promete no arriar bandera en la batalla de la vida sino después de que el siglo xx haya principiado a hacer pinicos. Que Dios la acuerde la realidad de la promesa, y después ábrase el hoyo, ya que

todo, todo en la tierra
tiene descanso;
todo..., hasta las campanas
el Viernes Santo (1).

Manolita Madroño era en 1824 un fresquísimo y lindo pimpollo de diez y ocho primaveras, pimpollo muy codiciado, así por los tenorios de mamadera o mozaibetes, como por los hombres graves. La doncella pagaba a todos con desdeñosas sonrisas, porque tenía la intuición de que no estaba predestinada para hacer las delicias de ningún pobre diablo de su tierra, así fuese buen mozo y millonario.

En una mañana del mes de mayo de aquel año hizo Bolívar su entrada oficial en Huaylas, y ya se imaginará el lector toda la solemnidad del recibimiento y lo inmenso del popular regocijo. El Cabildo, que pródigo estuvo en fiestas y agasajos, decidió ofrecer al Libertador una corona de flores, la cual le sería presentada por la muchacha más bella y distinguida del pueblo; claro está que Manolita fué la designada, como que por su hermosura y lo despejado de su

espíritu era lo mejor en punto a hijas de Eva.

A don Simón Bolívar, que era golo-sillo por la fruta vedada del Paraíso, hubo de parecerle Manolita *bocato di cardinale*, y a la fantástica niña antojó-sele también pensar que era el Libertador el hombre ideal por ella soñado. Dicho queda con esto que no pasaron cuarenta y ocho horas sin que los enamorados ofrendasen a la Diosa Venus.

Si el fósforo da candela,
¡qué dará la fosforera!

Y sea dicho en encomio del voluble Bolívar, que desde ese día hasta fines de noviembre, en que se alejó del departamento, no cometió la más pequeña infidelidad al amor de la abnegada y entusiasta serrana que lo acompañó, como valiosa y necesaria prenda anexa al equipaje, en sus excursiones por el territorio de Ancachs, y aun lo siguió al glorioso campo de Junín, regresando con el Libertador, que se proponía formar en el Norte algunos batallones de reserva.

Manolita Madroño guardó tal culto por el nombre y recuerdo de su amante, que jamás correspondió a pretensiones de galanes. A ella no la arrastraba el río, por muy crecido que fuese.

Hoy, en su edad senil, cuando ya el pedernal no da chispa, se alegra y siente como rejuvenecida cuando alguno de sus paisanos la saluda, diciéndola:

—¿Cómo está la vieja de Bolívar?

Pregunta a la que ella responde, sonriendo con picardía:

—Como cuando era la moza.

Ricardo Palma

(1) El 12 de julio escribí este artículo y ¡curiosa coincidencia! en este mismo día falleció la nonagenaria protagonista, como si se hubiera propuesto desairar mi buen deseo